



LA FE DEL PUEBLO

Exposición sobre religiosidad popular

4 de octubre al 30 de noviembre de 1995

SALA CERVANTES BIBLIOTECA NACIONAL

ARCHIVO DE LITERATURA ORAL Y TRADICIONES POPULARES

COORDINACION DE EXTENSION Y COMUNICACIONES



DIRECCIÓN
DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS
Y MUSEOS

COLABORA: UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

LA FE DEL PUEBLO

"Entre tantas cosas que he visto,
tal vez lo más antiguo y lo más sencillo
es lo que continuó siendo para mí
lo más imborrable:
es el recuerdo de mi madre,
encorvada por la edad,
rezando sus oraciones en un rincón
de nuestra pobre casa de Temuco.
Siempre imaginé, cuando niño, que ése era
un acto más de su bondad."

Pablo Neruda.



¿Qué es la fe del pueblo?

Es el mundo maravilloso de las creencias colectivas de una comunidad a través del tiempo. A lo largo de siglos, lentamente, sin la premura de la civilización desechable de nuestros días, han ido cristalizando, como rocas firmes, las convicciones religiosas del pueblo.

¿De dónde vienen?

¿Hacia dónde van?

Vienen de tiempos remotos, de épocas pretéritas, de la Edad Media o el Renacimiento europeo, de las tradiciones indígenas de América o negras del África, de los agitados siglos coloniales. Tiempos y espacios confluyen en un ancho caudal que nos baña y nos tonifica, y que seguirá más allá de nosotros mismos. En una dirección precisa: a favor de la vida, de las solidaridades elementales, del amor como misterio luminoso de todos.

Los portadores privilegiados de estos tesoros de la dicha y la bienaventuranza son la gente común y corriente, los hombres, mujeres y niños de todos los días y todos los tiempos. No son las estrellas fugaces que iluminan como espectáculos pasajeros la noche. Son el conjunto de los humildes que mantienen encendidas noche y día la esperanza y la salud para ellos mismos y para sus semejantes.

Ellos construyen la historia.

Maravillosa y real.

En 1615 Miguel de Cervantes hizo decir a ese personaje tan fantástico como real y tan real como fantástico, puente de luz entre los pueblos de España y América Latina, Pedro Urdeemales, estas palabras:

“Y a ser vistoso aprendí.
Y a componer oraciones
en verso airoso y gentil./.../
Sé la del ánima sola,
y sé la de San-Pancracio./.../
Sé la de los sabañones,
la de curar la terçia
y resolver lamparones;
la de templar la codicia
en avaros corazones./.../”



Miguel de Cervantes, *Pedro de Urdemales*, 1615.

Esa es la sabiduría religiosa del pueblo sencillo.
Urdemales, símbolo del pueblo vivo e irreductible, cura los males del cuerpo y del alma, los sabañones y la codicia, que roen la materia y el espíritu humanos.

La fe del pueblo es a la vez mística y sensual.

Por las profundas raíces al mismo tiempo tan ibéricas y tan indígenas y tan africanas la fe del pueblo lleva en su seno una forma de religiosidad que dice relación con las honduras del alma y del cuerpo, sin cortes ni desapegos racionales o institucionales.

Las formas de vida hispano-orientales, que casi después de mil años pasaron a América Latina, se unieron con las tradiciones indígenas y africanas, dando lugar a un misticismo extraordinario que ofrece escaso parangón en la historia de las religiones. En ella no caben las rupturas europeas entre lo sagrado y lo profano, entre Dios y el diablo, expresión muchas veces de un enfrentamiento más político que religioso.

En la fe del pueblo mestizo y humilde todo fluye y confluye hacia la vida sin excepción. El cuerpo, el sexo, la tierra y sus frutos, los muertos y sus encendidas “animitas”, todo se encamina hacia la vida y la alegría, a la solidaridad ardiente, incluso el mismo diablo no escapa a este destino gozoso. Composiciones inequívocas como el “Contrapunto del diablo con el Padre Eterno por haberlo arrojado del cielo”, o la “Remolienda en el cielo” son un testimonio de esta religión mística y sensual en el folklore en Chile.

El Niño Dios de Malloco puede ser definido —o mejor, imaginado— como “más dulce que el chacolí/ y que la cazuela de ave”. Cuando se lo celebra se lo elogia por ser “tan vivaracho y gordito/ tan buenazo pa'mamar.”

La Virgen del Carmen de Petorquita es una “fuente de agua tan sabrosa”. Y a la Virgen de La Tirana de Tarapacá se le baila con estos versos: “Pisa, pisa, compañero,/ todos llenos de alegría,/ sacaremos rico vino/ de la viña de María.”

Estas creencias populares, que bien podrían ser definidas como genuinas visiones "paganas" del cristianismo –lecturas telúricas o cósmicas de las imágenes tradicionales cristianas–, le otorgan al propio anuncio de amor y resurrección de Jesús una fuerza y un colorido inéditos.

La belleza resplandeciente del Universo, tan estimada por las sensibilidades místicas de indígenas, negros e ibéricos, concedió así nuevos y poderosos argumentos a favor de la vida y de la luz. En 1898 el poeta popular chileno Daniel Meneses puso en boca de Jesús unas palabras que esta vez acusaron al demonio como derrotado principio del desamor:

"Y el Señor dijo: no aguanto
que éste siembre el desconsuelo,
ya que los seres del cielo
alumbran con brillo tanto"

Daniel Meneses, *El cielo de los amantes*, 1898.



Al fin, todas las imágenes sagradas del pueblo, la Virgen, los Santos y Santas, las Animitas, y el propio Jesús, son otras tantas fuerzas sobrenaturales o superreales que animan la única y creciente vida del mundo.

Veneradas sin mayor aparato institucional especialmente en los espacios domésticos, locales o familiares –otra herencia de las culturas hispano-orientales e indígenas–, traducen la tenaz fe del pueblo en la vida abundante, en que esta tierra puede convertirse en un Tierra santa, amable y gustosa para todos. No hay, pues, estrictamente, templos. El espacio sagrado es la misma tierra, el campo, el mar, festejados desde "el fondo del alma" con cantos y danzas al aire libre. En el caso de la fiesta de San Pedro el escenario natural es la hermosa costa de Chile:



"San Pedro tan amoroso
yo pronto subo a una palma
para mejor celebrarte
desde el fondo de mi alma.

Adiós apóstol San Pedro
nuestra salvación final!.../
ya que bendicís la mar
que bendigai nuestra tierra
que bendigai nuestra tierra
tamaña felicidad..."

Cabeza de una religión del pueblo, asociado en los cuentos folklóricos a su tocayo Pedro Urdemales, San Pedro abre a sus semejantes las puertas de la felicidad. Y los poderosos difícilmente lo comprenden, como lo expresa el viejo chascarro chileno acerca de las dificultades del corregidor Zañartu, ese riguroso funcionario católico del siglo XVIII, por entrar al Cielo (Oreste Plath, *Folklore chileno*, 1962).

Cada generación se reencuentra con este caudaloso raudal de la fe del pueblo.
Bebe de sus aguas.
Se baña en sus corrientes.

Refresca su espíritu y su cuerpo en ese ancho y saludable río que cruza todas las vidas a favor de la vida de todos.

En Chile una y otra vez los amantes de la tierra y de su pueblo se hallan con esa corriente magnífica que deja atrás la muerte y la soberbia –malas herencias coloniales– como cosas pasajeras e insustanciales. Podrían nombrarse muchos de sus devotos. Entre ellos escogemos a una persona que supo expresar sus afectos con especial entereza. Fue Gabriela Mistral. Su religión fue eminentemente esa tenaz y resistente fe del pueblo. Ella comprendió y defendió el carácter místico y sensual de esa fe. Por ser tan del pueblo tampoco se llevó bien con la religión institucionalizada. Ella amó lo que llamó con cariño “nuestras idolatrías indígena-cristianas” (Gabriela Mistral, *Escritos políticos*, 1994).

Sus palabras son, pues, al mismo tiempo ancestrales y desafiantes. Tan antiguas como recientes, pues refieren a los sentimientos labrados por el pueblo durante siglos. Es la voz de nuestra propia tradición:

“Soy cristiana, pero tengo una concepción muy personal sobre la religión. No se debe hablar de esto. Sólo sé decirle que no soy dogmática y que le rezo a Dios, es decir, le hablo a Dios muy a mi manera... A mí me gustan las hechicerías y no las liturgias.

Rió en son de broma. Y agregó:

Me enfrían las pompas... La fe es maravillosa, envidiable. Serena y acepta; cobra y restituye.”

(Matilde Ladrón de Guevara, *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, 1957).

MAXIMILIANO SALINAS C.



EL CULTO DE LOS MUERTOS. LAS ANIMITAS Y VELORIO DE ANGELITOS

Las grandes tradiciones religiosas que conforman la fe del pueblo —las creencias indígenas, ibéricas y negras— no ven en la muerte el fin de la vida sino su transformación o su plenitud. “El mapuche que muere, sigue viviendo”, señala un refrán recogido por Tomás Guevara (*Folklore Araucano*, Santiago 1911). El culto de los muertos fue la clave también en la vida y la resistencia cultural de los negros.

La tradición ibérica aportó, en especial, la creencia en la vida eterna y dichosa de los niños muertos a través de la devoción de los Angelitos.

El campo de afirmación más enérgico de estas convicciones ancestrales reunidas lo da en Chile el culto a la Animitas, espíritus benéficos de los muertos en forma trágica. Como contrariando su física desaparición, los muertos continúan vivos en el más acá y en el más allá, en una relación solidaria entre el pasado y el presente.



Rósa Aráñeda en su lecho de muerte. Grabado popular del siglo XIX

LOS SANTOS POPULARES. LAS ANIMITAS

Son santos no reconocidos por la Iglesia Católica, pero que han sido "canonizados" espontáneamente por el pueblo, por tratarse de personas que sufrieron una muerte violenta, inesperada o injusta, cualquiera sea la razón que la provocó.

Para el sentimiento popular este hecho trágico redime de sus pecados a la víctima y lo convierte en un mediador válido entre Dios y los hombres. Entonces, el sitio donde ocurrió esa muerte se transforma en un lugar sagrado y, por lo tanto, en lugar de culto: una animita.

Alguien planta una cruz, otros ponen las flores y las velitas, y luego, cuando las plegarias de los devotos son escuchadas, empiezan a aparecer las placas con inscripciones donde se agradece "el favor concedido".

Para la Iglesia Católica, es un asunto complejo. Hace unos cincuenta años se condenaba esta práctica como una costumbre supersticiosa. Después del Concilio, sin embargo, las animitas son reconocidas como parte importante de la religiosidad popular. "Existen, sin duda, formas valiosas en el fenómeno de las animitas. Formas cristianas. Como reconocer la existencia de otra vida, por ejemplo. Pero también se encuentran elementos no tan claros que interfieren. Lo correcto sería no suponerles un poder propio, comparándolas con los Santos o la Virgen". (Sacerdote Raúl Feres, en entrevista de El Mercurio, 23.9.1984).

Para los devotos este culto es un acto profundamente religioso y solidario. De generosa ayuda mutua entre el que pide y agradece con fe y el que concede y también agradece la confianza depositada en él. Ajenos a discusiones siguen visitando a las animitas "de su devoción". Ya sea Romualdito, en la Estación Central; la Marinita, en el Parque O'Higgins; la Carmencita en el Cementerio General; las Adrianitas, en el Cementerio de Copiapó; las animitas de la Carretera Norte, en Atacama; los Dinamitados de Calama; Emilio Dubois, en el Cementerio de Valparaíso; el Servandito en Linares; el "Finaño" Raimundó, en Chillán; el Jorgito (Chacal de Nahueltoro) en el Cementerio de San Carlos; la Petronila Neira, en Concepción; Emilio Inostroza, en el Cementerio de Temuco; etc.

Cada uno paga los favores con lo que puede o más quiere: flores naturales o plásticas, velas, estampas religiosas, dibujos de niños, figuras de yeso, patentes de vehículos, botellas de agua, juguetes (cuando la animita es de alguien que murió en la infancia).

Una de las animitas más grandes y famosas de Santiago es la de Romualdito, en la calle Borja, al costado de la Estación Central. Sobre su verdadera identidad, no hay noticias ciertas. Su muerte ocurrió hace más de sesenta años, según cuenta la señora Graciela Leyton, devota desde su juventud, "era un joven del Sur y venía saliendo del hospital y aquí lo asaltaron y lo mataron por quitarle su poncho". Hay muchas otras versiones.

En las inscripciones de las más de dos mil plaquitas de agradecimiento aparece como Romualdo, Rumualdó, Ronaldo o Reinaldo y como apellido Ivani, Ivanni, Ivañez, Santivañez, Ivanez, entre otros. Para sus devotos es simplemente Romualdito, lo que importa es que él siempre les cumple. No interesa la vida o trayectoria que tuvo esta persona.

Evidentemente las animitas constituyen una respuesta a la fe de muchas personas y todo indica que ni el progreso ni la tecnología pueden disminuir la práctica de esta devoción popular. El pueblo siente que es favorecido con sus milagros y lo percibe como un hecho vital y cotidiano, sin dejar de ser maravilloso.

Además, el hecho culto viene a ser también un hecho censurable: el tiempo.



de la existencia de este una forma de denuncia a arrebatar una vida a des-

"Siempre le hablo de lo bonito que está, las flores y velitas que tiene. Le digo cómo amanece el día. Si llueve o tiene solcito. El me escucha, yo sé", cuenta una devota de Romualdito.

"No hay animitas más milagrosas que las del camino, escuchan la mayoría de las peticiones que se les hace. Por lo general somos los choferes de camiones quienes más recurrimos a estas animitas. Se nos ha concedido peticiones que mucha gente no nos cree. Personalmente he recibido muchos favores de ellas... de quienes nunca conocí". (La Prensa, Tocopilla, 6 abril 1983).

"Gracias por haber conseguido
que nuestra nieta Angelina
caminara".

E. González Cerda.

24.XII.87.

Placa en animita de Romualdito.



"Adrianita Gracias por tus milagros que has cumplido a mi hija y nieto y me sigas cumpliendo soy tu devota Z.C.R. Vallenar 15.VII.77".

"Adrianitas Gracias por devolverle la salud a mi hijo protégenos siempre G.L.P."

"Adrianitas Gracias por sus favores síganme protegiendo. Cristina Herrera, Caldera oct. 1987".

"Adrianitas Gracias por los favores recibidos. Protégenos siempre. Marta y Familia".

Placas en la tumba de Las Adrianitas en el Cementerio de Copiapó, Adriana Quiroga y Adriana Álvarez habrían sido dos jovencitas que trabajaban en un centro nocturno de esa ciudad. Ambas mueren en circunstancias poco claras, con dos meses de diferencia, en 1936, y fueron sepultadas juntas. Su tumba es muy visitada por devotos de toda la región, especialmente el 1 de noviembre, como a parientes muy queridos.

"Juanito. No sólo
queremos llorar por haberte
perdido, sino dar gracias a Dios por
haberte tenido. Gracias Juanito por
favor concedido. Tía". 1994.

Placa en la animita de Juan Francisco Bustos Muñoz, muerto el
22.8.87. Calle Borja con Iquique, Estación Central.



"Gracias Jorge por el
favor concedido.
Isabel 18. sept. 83."

"Cristina y Polo
agradecen tu favor
30.1.84."

"Gracias Jorge por el
milagro. Ismael
19.dic.88."

"Gracias Jorge por el
favor concedido de los
hermanos Carlos y
Jorge Gatica
29.VII.81."

"Jorgito Eternamente
Agradecida por el
favor *consevido*
27.1.90."

Placas en la tumba de Jorge del Carmen Valenzuela, "El Chal
de Nahueltoro", en el Cementerio de San Carlos. (Fusilado el 30
de abril de 1963) vivió y murió tan violentamente, que su animita
concedió favores milagrosos, según sus devotos, puesto que se supone
que Dios lo perdonó.



"Carmencita Caña
Te doy las gracias
por mi favor
concedido en nombre
de mis hijos y
nietecitos. Rosa
Albornoz. 1 sept..."

"Gracias Carmencita
por favor concedido
P.I.G.R.A. 18.7.89."

"Gracias Carmencita
por haberse recibido
mi hijo como
arquitecto. Amelia..."

"Carmencita
Eternamente
Agradecida. J.A.C."

Placas en la tumba de la niña Carmencita Cañas en el Cemen-
terio General. Sólo se sabe que murió trágicamente a los 15 años. La
inscripción más antigua es de 1977.